

AL DUEÑO DICHOSO DEL BAZAR MURCIANO

Cuando Diciembre agoniza
y oigo de Enero los pasos,
hago para el año entrante
muchos propósitos vanos;

uno de ellos, desechar
mi insignie pereza cuando
me pide V. unos versos
para su BAZAR MURCIANO;

y el más vano de entre todos,
por culpa de V., tocayo,
es el de saldar sin déficit
mi presupuesto de gastos.

Castigo con mano dura
sus capítulos más caros,
como son: comer, beber,
arder, vestir, espectáculos...

Procuró no ver carteles;
y cuando voy, por acaso,
es al tendido á los toros,
y al Paraiso al teatro.

¿Me hace falta un traje porque
brilla de puro rozado
el que llevo? Pues lo vuelvo
del revés, y hasta de canto.

Si necesito botillos
decentes, pongo por caso,
le echo á los viejos tacones
y medias sueltas, y andando.

Casi no fumo, ni bebo,
y recomiéndome, paso
ante las cosas que exponen
Garrigós, Pedreño, Garro...

¿Más de qué sirve, Dios mío,
si siempre me faltan ánimos
para atacar al capítulo
que dice: *¿Bazar Murciano?*

Señor, tú me has dado gusto,
y ojos en la cara, ¡claro!
y cada mes, cada día
ven allí algo lindo, y algos.

Que porque vienen los Reyes;
que porque es el tiempo santo;
que es la feria... ¡Dios clemente!
San José... ¡Dios Soberano!

Luego V. tan Mefistófeles,
con su monita y su halago,
y sus melifluos satélites
dignos tales de tal astro;

vampiros todos famélicos
del rico jugo metálico,
que suavemente el bolsillo
chupan y dejan exhausto...

No; yo protesto, yo quiero
ser un Villaverde honrado,
y V. me lleva á la quiebra,
la bancarrota, el escándalo...

¡Hasta dirán que no sé
ni nivelar en el campo,
cuando al nivelar mis cuentas
me salen tales gazapos!

Ya debe V. ser Rótschild.
Retírese V., tocayo;
si no, tenga por seguro
que podré, por caso raro,

hacerle á V. otros versos
para su periódico ánuo
más pronto, y si V. me apura
mejores, ó menos malos;

pero no cerrar sin déficit
mi presupuesto de gastos,
mientras en la Platería
exista EL BAZAR MURCIANO.

Mano de Ricardo Blazquez

À LOS NIÑOS

Venid al Bazar Murciano,
querubines de mi tierra,
que un diluvio de juguetes
ha caído en Cartagena.

Desde la ciudad de Jauja
ha venido una Princesa,
á quien pusieron por nombre
hadas y genios la Féria.

Y ha traído cien carrozas;
y las cien carrozas llenas
de flautas y tamboriles,
caballitos y muñecas.

Dentro del Bazar Murciano
con su séquito se hospeda,
y allí abrió sus equipajes
y allí exhibe sus riquezas.

¡Qué juguetes!... Solo en Jauja
fabrican cosas tan bellas!

No hay muñeco que no vista
de oro, terciopelo y sedas.

Uno toca los chinoscos,
otro pulsa la vihuela,
aquel redobla el tambor
y el otro salta y voltea.

Del mundo liliputiense
han traído á un Sah de Persia,
con cien odaliscas blancas
y cien amazonas negras.

Hay pelota que al botar
se encarama en las estrellas,
y hay trompo que está bailando
bastante más de hora y media.

En su teatrillo Guignol
Arlequin se desespera
porque el galán Polinuro
á Colombina requiebra.

Y con su jiba y tricorno
y su carilla traviesa,
más simpático que nunca,
se ríe Polichinela.

Y hay sultanas y bebés,
turcos, monjas y pasiegas,
y juguetes de artificio,
carritos y bicicletas.

Venid, venid al Bazar;
que por la Féria se premia
á los niños que son buenos
y á las niñas que son buenas.

Venid al Bazar Murciano,
querubines de mi tierra,
que un diluvio de juguetes
ha caído en Cartagena.

FRANCISCO ARRONIZ.

Cartagena.

EN EL ABANICO DE....

No hay aire como el aire
de tu abanico:
jamás en ningún otro
lo hallé tan rico

¿Pues y la filigrana
del varillaje?
Vaya una tela hermosa,
vaya un paisaje.

En sus bellas labores
la luz refleja.
Es digno de la mano
que lo maneja.

Es una flor del arte
y una monada
tegido con las áureas
trenzas de un hada.

Es de los abanicos
el soberano
y... mira la etiqueta:
BAZAR MURCIANO.

ANTONIO OSETE.

Ricardo Blazquez, delincuente

Así, dicho de pronto, sin preparación alguna, claro es que ha de producir asombro, más aún, estupefacción. Y esto, en quien lo tome en serio; que, por lo general, abundarán las sonrisas de incredulidad y los gestos de desdén.

Y, sin embargo, es cierto, ciertísimo, y aun á trueque de sufrir las sonrisas y los gestos de los incrédulos, lo he de decir aquí, en letras de molde: Ricardo Blazquez, el conocidísimo comerciante, dueño del Bazar Murciano y de su Sucursal en Cartagena, fué el cómplice, por no decir el autor de aquel crimen pasional que conmovió á Murcia hace dos ó tres años.

Ved el misterioso encadenamiento de las cosas, en relato que os voy á hacer de aquel crimen, y decidme luego si no tengo razón al afirmar que Ricardo Blazquez, el comerciante distinguido, el dueño del Bazar Murciano y de la Sucursal en Cartagena, es el cómplice único (¡bien podríamos decir el autor!) del horrible crimen...

Enrique, aquel joven gallardo y elegante á quien conocía todo Murcia, tenía un temperamento excesivamente nervioso, era, como se dice ahora, un neurasténico, y de igual modo podía ser un criminal, que un héroe. Todo consistía en que el brutal impulso de sus nervios exaltados lo echara por un camino ú otro.

Una tarde, acalorado, de mal humor, á consecuencia de la discusión sostenida en el Casino sobre el mérito de su magnífica boquilla de ámbar, mérito que él creía indiscutible, salió á dar un paseo por el Malecón, á esparcir la vista y los pulmones en horizontes más amplios y en aires más puros que los de

aquel salón del Casino, en donde acababan de discutirle el mérito de su artística boquilla.

Delante de Enrique, y siguiendo el mismo camino, marchaba acompañada de su madre, Pepita Guápez, aquella divinidad de mujer, aquella rica hembra cuyas curvas venusinas eran el recreo de todos los hombres, admiración de todos los ojos, envidia de todas las mujeres... Y, sin embargo, tan abstraído y apesadumbrado iba Enrique con el recuerdo de la endiablada discusión del Casino, que no sintió la atracción de aquel abismo de hermosura que llevaba por delante.

Para que cayera en él, y no pensara más en su boquilla, le entró el vértigo, la tentación, por el olfato: un perfume suavísimo, delicado, llegó á su nariz, y al levantar la cabeza para recoger mejor aquellos efluvios aromáticos, tropezaron sus ojos con Pepita Guápez.

Hay olores deliciosamente galeotos, y aquel que despedía esta mujer, era uno de ellos. Se metió en el alma de Enrique, despertó en ella sentimientos ocultos, le habló de voluptuosidades casi místicas, y la arrastró, poco á poco, dulcemente, á los pies de aquella mujer peligrosamente humana, profanamente divina.

Algún tiempo después, Pepita Guápez era la señora de Enrique Neural.

II.

Eduardo Tenorio, uno de los jóvenes que, aquella tarde, negaron, por hacer rabiar á Enrique, el mérito de su célebre boquilla de ámbar, le hizo traición, pocos meses después de haber contraído matrimonio con Pepita Guápez, sacrificando los puros afectos de una amistad leal, á la pasión brutal de un amor egoísta... ¡Eduardo, como antes Enrique, cayó en aquel peligrosísimo abismo de hermosura!

Un chiste, una de esas frases ingeniosas con que, en los Casinos, cafés ó en cualquier reunión, se asesinan los amigos, hizo comprender á Enrique la inmensidad de su desventura, la pérdida de su honor.

Enrique no contestó al chiste. Pálido, tembloroso, agitado por sacudidas nerviosas, con el alma rota y lleno el corazón de una rabia, de un rencor insaciables, abandonó el Casino y se marchó á su casa.

Su mujer, sorprendida por la inesperada visita de Enrique, no pudo ocultar un paquete de cartas, de aquellas cartas insidiosamente criminales de Eduardo, en cuya lectura bañaba Pepita el deseo no saciado de sus amores adúlteros, y dejó en poder de su esposo aquellas pruebas elocuentes....

Enrique, ciego, desesperado, víctima no solo de su tremenda infelicidad, sino también de una de sus más violentas crisis nerviosas, buscó un arma para matar, y mató....

¡Pepita Guápez, aquella divinidad de mujer, aquella rica hembra cuyas curvas venusinas eran el recreo de todos los hombres y la envidia de todas las mujeres, quedó tendida, muerta, sobre uno de los muebles de la habitación!

Cuando las gentes, asombradas, entraron en la casa, todavía corría por el blanco alabastro de aquel seno de estatua, un hilillo de sangre.....

III.

La boquilla de Enrique produjo la discusión, la discusión apesadumbró á Enrique y le llevó al Malecón, á buscar mejores horizontes para sus ojos y aires más puros para los pulmones; por haber ido al Malecón, notó aquel aroma delicioso que le despertó en el alma ansias incurables de voluptuosidades casi místicas; para recoger aquel aroma levantó la cabeza; por haber levantado la cabeza, vió á Pepita Guápez; por haberla visto en aquellas circunstancias en que le había puesto aquella esencia deliciosamente galeote, se casó con Pepita; por haberse casado con ella, fué infeliz y desgraciado, y para vengar su afrenta, clavó su elegante navaja en el pecho de la infiel.

La boquilla, de ámbar, la esencia deliciosa y la elegante navaja, fueron compradas en el Bazar Murciano....

¿Comprendéis ahora por qué fué casi autor de aquel crimen el conocidísimo Ricardo Blazquez, dueño del Bazar Murciano y de su Sucursal de Cartagena?

¡Oh misterioso encadenamiento de las cosas!

JOSÉ GARCIA VASO.

Cartagena y Julio 1899.

JUGUETEOS

En mi edad infantil, igual que hoy día que alterno con vejetes, siempre me han inspirado simpatía las tiendas de juguetes.

Ayer como hoy en ellas he encontrado deléite sin segundo, mirando en sus vitrinas retratado de cuerpo entero el mundo.

Por realizar sus sueños más hermosos, ya modestos, ya ricos, de juguetes en pos corren ansiosos los grandes y los chicos.

Y cuando al fin la posesión alcanzan que les puso en un brete,

con nuevo ardor frenéticos se lanzan en pos de otro juguete.

Ciego la humanidad, juzga cumplido de la vida el empleo Haciendo de este mundo el recorrido en loco jugueteo.

Pero es justo que calme, por Dios Santo, su efímera tarea: Bueno es jugar, pero no tanto como ella juguetea

Pase que al niño en el BAZAR MURCIANO que es bazar de primera, le compre su papá si viene á mano un juguete cualquiera.

Pase que la pollita, al que un billete le manda perfumado, de sus caprichos hágale juguete si en ello encuentra agrado.

Pero hacerse juguete de pasiones cuando los años pesan; con vertir en juguetes las cuestiones que á la pátria interesan;

Juguetear con quien nuestro ahorro muere, tomar á broma duelos y aplaudir al ministro Villaverde... ¡Eso clama á los cielos!

Amigo Blazquez: aunque lo halle extraño en serio me precisa á cantar, pues nada hay este año para tomarlo á risa.

Quiera el cielo que no sea usted juguete del mal que nos apena y que gane un millon, ó seis ó siete en Murcia y Cartagena!

Así poniendo á mis tristezas frenos, podrá exclamar gallardo: ¡Todo aquí se ha perdido, todo... menos el Bazar de Ricardo!

Carly

MEZCOLANZA

A no ser por el BAZAR, y apenas el arpa vibra, en diez años no podría: ¿quién hoy sentirá alegría con tanto y tanto penar?

A empujones sale el verso y apenas el arpa vibra, al ver que el hado perverso rasgó con puñal adverso de nuestro pecho la fibra.

Vergüenza y rabia á la vez nos causa la estupidez de ciertos farsantes malos que deslustran nuestra preza y nos denigran á palos.

¡Ay! si fuese la ocasión de expresar con furia loca lo que siente el corazón, fuera mi frase un cañón disparado por mi boca.

En los días de reir vernos llenos de dolor, es el colmo del sufrir: ¿es que podemos vivir entre luto y sin honor?

Y sin embargo, precisa finjir hoy cierto contento y mostrar una sonrisa, aunque al través se divisa nuestra angustia y sufrimiento.

Y es que un amigo celebra una fiesta original que de año en año se enhebra, y me enrosca eual culebra á tan noble festival.

Es que hoy el BAZAR MURCIANO se exhibe de cuerpo entero, y su dueño, muy ufano, muestra con pródiga mano de su riqueza el venero.

Y allá va en rasgos pomposos de sus objetos preciosos la lista en versos y prosas, como joyeles hermosos de las prendas más famosas.

De las más cultas naciones nos cuenta las producciones en estilo sóbrio y vario, atrayendo corazones al mercantil santuario.

Y ¡claro! yo no he de ser una nota destemplada, cuando hasta con querer, para que bien pueda hacer de versos una tirada.